



Domingo XXX Tiempo Ordinario

Ciclo A
29 de octubre de 2023

I NOTAS EXEGÉTICAS

Éxodo 22,20-26

Si grita a mí, yo lo escucharé, porque yo soy compasivo

Una faceta que distingue al Dios de Israel de los dioses de Canaán es su profunda sensibilidad ante quien sufre el dolor o la tragedia. Es el Dios que se muestra compasivo y misericordioso, quien sale de sí mismo para ponerse de parte del desvalido, superando la imagen que ha llegado del antiguo testamento, del Dios poderoso, celoso y hasta vengativo. ¿Quién está de parte del pobre? ¿Quién se pone al lado del desvalido? ¿Quién socorre al necesitado sin esperar nada a cambio? Estos cuestionamientos reciben respuesta en la medida en que se conoce el proceder del Señor y se comprende el sentido y el significado de la ley, la cual sintoniza al pueblo con el querer de quien los llamó de la esclavitud a la libertad y que los nutrió en los momentos de pobreza, los acompañó en la tragedia y los socorrió en la precariedad. Este pasaje hace parte de un entramado legal contenido dentro del código de la Alianza, en el que, junto a las disposiciones morales y religiosas, se invita a proceder con acciones de compasión y misericordia a los débiles y vulnerables, entre los que se cuentan extranjeros, viudas, huérfanos y pobres.





La universalidad de la misericordia y de la compasión de Dios lleva a que se recuerde siempre que ante el emigrante se ha sido emigrante, se ha sido desposeído y necesitado de ayuda, apoyo y solidaridad en tierra extranjera. El grito y el clamor de la viuda y del huérfano sensibilizan de manera particular el oído de Dios, quien está atento a su necesidad por ser personas con mayor fragilidad y dependencia de auxilio. Ante la solicitud de quien pide prestado y es capaz de empeñar su manto, que da cobijo y protección para el frío de la noche y cubre su cuerpo ante la desnudez, se debe ser justo y no aprovecharse de su necesidad para explotarlo y menos apoderarse de lo poco que posee, pues su grito de auxilio es escuchado por Dios, que es clemente y misericordioso.

Salmo 17, 2-3.3b-4.47.51ab

Yo te amo Señor, tú eres mi fortaleza

Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza, es la expresión con la que se abre este himno atribuido a David, cántico real, donde se condensa la respuesta al grito de auxilio expresado en medio de las dificultades y las necesidades y cuya respuesta es la escucha atenta del Dios de la misericordia y la compasión, ya descritas en la primera lectura y en el evangelio que se proclaman en esta liturgia dominical. Es el anuncio y el voto de confianza y esperanza que se deposita en el Señor, ante la tribulación y la precariedad, pues Él es peña y refugio, escudo y fortaleza.

Tesalonicenses 1,5c-10

Se convirtieron, abandonando los ídolos, para servir a Dios

La experiencia que narra este pasaje, conduce al lector a Tesalónica, ciudad marítima de Macedonia, abarrotada de comerciantes judíos que religiosamente se congregaban en la sinagoga a la que Pablo y Silas, en su segundo viaje, llevaron el mensaje del Evangelio, fortaleciendo su fe especialmente en los momentos de persecución. Ahora son Silvano y Timoteo los que hacen memoria de la fuerza del evangelio proclamado como fortaleza en la tribulación y por el que ahora son modelo de una sólida comunidad de creyentes en Macedonia y Acaya.





Este pasaje deja ver el tributo y una expresión de amor manifestado por Pablo, quien profesa una profunda estima y respeto por los creyentes de esta comunidad que es modelo para otras comunidades, puesto que han abrazado al Dios fiel, misericordioso y compasivo, abandonando los cultos paganos, por lo que su corona será la gloria y la salvación en el último día.

Mateo 22, 34-40

Amaras al Señor tu Dios, y al prójimo como a ti mismo

En nombre del amor se han escrito canciones, se han dedicado poemas, se han pintado hermosos cuadros, ¿pero en sí, se sabe amar? ¿se comprende el significado profundo que conlleva esta palabra? Casi siempre se le define como sentimiento, pero en pocas ocasiones se le tiene como mandamiento. Tras la entrada de Jesús en Jerusalén y la expulsión de los vendedores en el templo (Mt 21,12), Jesús habla a través de parábolas sobre el Reino (Mt 22,1), suscitando así una serie de confrontaciones con los grupos religiosos que frecuentaban el Templo. Los fariseos y los partidarios de Herodes, con argumentos elaborados, han pretendido probar su sabiduría frente a la mesa de los impuestos donde han escuchado: “al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22, 15-22). De igual manera, los saduceos han pretendido desvirtuar la doctrina de la resurrección, por lo que han escuchado: “Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos”, argumento que los deja sin con qué plantear una nueva discusión. Estos hechos han llevado a que la popularidad de Jesús crezca.

Nuevamente entran en escena los fariseos que orquestan un nuevo plan con lujo de detalles, ahora se valen de un maestro de la Ley, un intérprete de las Escrituras. Es claro que el objetivo es desmeritar la enseñanza y restarle popularidad a Jesús. La táctica del maestro de la Ley se argumenta en el método de la pregunta que propicia la discusión. Los rabinos solían pasar horas discutiendo en torno a la Ley, manifestada en los mandamientos, tratando de definir cuál era el mandamiento mayor, cuál era el más extenso, cuál el más pesado y cuál el más liviano, situaciones complejas, puesto que en el Antiguo Testamento se presentan 613 mandamientos, divididos para su estudio en dos grupos. El primero asociado a los 365 días del año, considerados negativos o prohibiciones, y 248 asociados a los miembros del cuerpo humano, tenidos por positivos o sea obras que se deberían cumplir. Frente a esta realidad, la pregunta que formula el maestro de la Ley se orienta a que Jesús diga cuál de todos





esos mandamientos es el mayor, queriendo probar su opinión y no su conocimiento en torno a la Ley. Es claro que si Jesús da su opinión señalando un mandamiento como el más importante, restaría valor a los otros, situación que aprovecharía el maestro de la Ley y quienes lo escuchan para acusarlo de restar peso a los otros mandamientos.

Comprendiendo Jesús el plan que está en marcha, su respuesta no se orienta a definir cuál es el mandamiento mayor o el principal, sino cuál debería ser el primero, por lo que apela a la plegaria diaria que hace un judío devoto en la mañana y en la noche, conocida como Shema. En esta profesión de fe se estipula el mandamiento primero: amar a Dios (Dt 6,5), acción que debe realizar un creyente y en la que se involucran tres aspectos fundamentales de una persona: el corazón como el núcleo de la voluntad, el alma como expresión de los sentimientos y la mente como realidad de los pensamientos. Es una respuesta tajante, por lo que no hay lugar a una nueva discusión por parte del maestro de la Ley.

Frente al escenario propuesto por los fariseos, Jesús aprovecha la audiencia para aclarar que junto al mandamiento de amar a Dios está también el de amar al prójimo, considerado un mandamiento menor por los maestros de la Ley, que argumentaban que solamente era de obligatorio cumplimiento con los que pertenecían al pueblo, aquellos que cumplían la Ley o llevaban una vida acorde a las normas del culto, por lo que dejan por fuera y de lado, a los que consideraban gentiles o pecadores. Jesús vincula este mandamiento con el amarse a sí mismo, puesto que la medida del amor propio será la que se aplique con el prójimo. Son tan importantes estos dos mandamientos que en torno a ellos se sostienen la Ley y los profetas, como también se deja claro que no hay un amor verdadero a Dios si no hay un sincero amor al prójimo, al que se debe amar no de palabra sino con las obras.

Desde estas perspectivas, el libro del Éxodo dejó claro que el amor manifestado en la misericordia y la compasión no excluye a nadie, pues el oído de Dios está unido a su corazón por lo que está atento al dolor y a la súplica del necesitado, el extranjero, la viuda, el pobre. De igual manera ese amor se retribuye a Dios, a quien se le reconoce como fortaleza (Sal 17). Pablo expresa una profunda relación de amor con la comunidad de Tesalónica, que ha estado firme en los tiempos de persecución, y el evangelio de Mateo que ha señalado el mandamiento del amor, como base de la ley, superando así, la noción del sentimiento.





II PISTAS PARA LA HOMILÍA

- Es importante no perder el sentido de las expresiones misericordia y compasión, frente a la actitud del Dios que ama a todos, pero que pone su oído en los pequeños y desvalidos.
- Subrayar cómo la misericordia de Dios es la plena expresión de la compasión y del amor, por lo que al reconocer esta realidad se hará de Dios fortaleza en los momentos de tribulación.
- Dar claves para crecer en la experiencia del amor, la misericordia y la compasión, no desde el sentimiento, sino como mandamiento.
- Es importante recordar que en el camino del seguimiento se puede caer en la tentación de amar a los que nos aman y dejar de lado a los que piensan diferente, viviendo solo un aparente amor a Dios.
- Recordar cómo toda acción que conlleve la predicación de Jesús se debe mover en la enseñanza y la aplicación del mandamiento del amor que se conjuga en el amar.
- Elementos importantes para la reflexión y la predicación nos da la *Carta del Sínodo al Pueblo de Dios* promulgada el pasado miércoles.

<https://www.synod.va/es/news/carta-de-la-xvi-asamblea-general-ordinaria-del-sinodo-de-los-obispos-al-pueblo-de-dios.html>





III SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Queridos hermanos, cada celebración de la eucaristía es un rayo de ese sol sin ocaso que es Jesús resucitado. Dispongamos todo nuestro ser para participar en la pascua semanal que es participación en la victoria del Señor y que nos fortalece para poder amar a Dios y al prójimo auténticamente.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo y manifiesta el amor del Padre. Los predilectos de Dios no coinciden con los del mundo, pero son aquellos a quienes debemos amar y servir para cumplir el mandamiento de Cristo. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente

Como Iglesia, reunidos en torno a Jesucristo, supliquemos al Padre y entreguémosle las necesidades de todos los hombres, nuestros hermanos.

R. Padre bueno, escúchanos.

1. Para que la Iglesia ejerza su misión pastoral con espíritu de servicio y entrega y nuestros pastores sean los primeros en ser testigos del verdadero amor a Dios y al prójimo. Oremos al Señor.
2. Para que la palabra del Sínodo de los Obispos, que termina hoy la primera sesión de sus deliberaciones después de un mes de oración y de escucha, ayude a toda la Iglesia a percibir la voz del Espíritu en la escucha humilde, el discurso valiente y la esperanza viva. Oremos al Señor.
3. Para que los gobernantes y servidores públicos, especialmente los que hoy serán elegidos en los comicios regionales en toda la Nación, sean siempre fermento de amor y busquen vivir el mandamiento principal por encima de intereses personales o partidistas. Oremos al Señor.
4. Para que cesen los conflictos y la guerra en el Medio Oriente y en todos los lugares en donde sufren los inocentes e indefensos y sea la posible la paz, la reconciliación y el entendimiento. Oremos al Señor.
5. Para que los enfermos, especialmente los agonizantes y quienes sufren además la pobreza, la marginación y la soledad, encuentren consuelo en la cruz de Cristo que es signo de esperanza y de fe. Oremos al Señor.
6. Para que siempre fortalezcamos el deseo de crecer en el conocimiento y en el amor a Jesucristo promoviendo y defendiendo la verdad, la justicia y la caridad. Oremos al Señor.

Presidente

Escucha, Padre, nuestras humildes oraciones, tú que eres la fuente de toda gracia y bondad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

